

Resignificación de la realidad matrimonial en y desde la crisis

EDWIN MURILLO A., S.J.*

RESUMEN

Asumiendo la propuesta de Javier Garrido en su libro *Proceso humano y gracia de Dios* (1996), el presente artículo enfatiza en puntos clave que permiten entender la realidad matrimonial como un proceso de personalización de los cónyuges y de resignificación de las crisis personales y, por ende, de la pareja, que les facilite la transformación de las mismas en oportunidades de consolidación de la vida matrimonial y familiar. Así se llega a la esencia fundante del carácter sacramental del vínculo matrimonial.

El proceso vital de cada persona va girando en su manera de pensar y actuar, humana y espiritualmente, y es clave para el logro de la autenticidad y realización humanas. Cada ser humano contiene en su interior diferentes perspectivas, desde donde se ubica frente al mundo y, a su vez, desde donde superar diferentes momentos de crisis o coyunturas que le permiten humanizarse y humanizar dependiendo de la forma como las asuma. Con esta propuesta de transformación buscamos que el hombre y la mujer ingresen en un proceso paulatino de asumir la realidad de su vida, tal y como es, para crecer en libertad y coherencia entre lo que piensa, siente y desea.

*. Profesional en Relaciones Internacionales, Universidad Jorge Tadeo Lozano, Bogotá. Teólogo, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá. Especialista en Resolución de Conflictos, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá. Magíster en Filosofía, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá. Magíster en Teología, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá. Correo electrónico: edmurillosj@yahoo.es

Palabras Claves: *Personalización, crisis, transformación, comunicación, sacramentalidad.*

Abstract

Accepting Javier Garrido's proposal in his book «Proceso humano y gracia de Dios» (1996) the present paper emphasizes certain key points that allow us to understand the matrimonial reality as a process of personalization of the couple and of transsignifying the personal crises and consequently those of the couple, facilitating their transformation into opportunities for consolidating matrimonial and family life. Thus the founding essence of the sacramental character of the marriage bond is attained.

The vital process of each person is changing in the way of thinking and acting, both humanly and spiritually, and is essential for acquiring authenticity and human realization. Each human being possesses in itself different perspectives, from which one takes position in face of the world and from which one can overcome different moments of crisis or circumstances that allow to humanize oneself or others according to the way they are assumed. With this proposal of transformation we seek that man and woman enter into a progressive process of assuming the reality of their lives, such as it is, in order to grow in liberty and coherence in the way everyone thinks, feels and wishes.

Key words: *Personalization, crisis, transformation, communication, sacramentality.*

Lo que es noble reenvía a la dignidad humana. En nuestro vivir juntos, en todas las discusiones y conflictos se trata de que conozcamos nuestra propia dignidad y respetemos la dignidad divina del otro. Si uno no ve la propia dignidad ni el propio valor, debe minusvalorar continuamente al otro para poder sobrevalorarse a sí mismo. Pero esta no es una buena base para la vida de pareja. Sólo quien conoce la propia dignidad puede gozar del valor del otro. Está libre de la necesidad de compararse continuamente con él.

Debemos respetar lo que es justo, lo que es correcto y lo que nos va bien. Si no me escucho a mí mismo y a mi armonía personal, tampoco la relación será armónica. A menudo no escuchamos nuestro sentir solamente para evitar un conflicto en el camino. Y, sin embargo, crece entonces en nosotros la desarmonía que enturbiará la relación. Debemos exigir mutuamente lo que es bueno y justo para nosotros. Lo que es bueno para nosotros lleva finalmente a estar bien con el otro.

Anselm Grün (2000: 53-54)

Me atrevo a afirmar que el punto de llegada y de partida de la sacramentalidad del matrimonio está en la pareja misma, es decir, en el hombre y la mujer en dinámica histórica de amor. El punto de partida es el objeto mismo del ser

sacramentum: el ser humano (hombre y mujer) en su expresión total y dinámica del “ser para el otro (...), los otros”.

En esta perspectiva, no podemos fundar una mirada sacramental del matrimonio si no asumimos la realidad antropológica de ese hombre-mujer que nos devela la presencia co-creadora de Dios en nuestra realidad histórica concreta. El sacramento se hace sacramento porque acaece una experiencia trascendental en lo concreto de la vida misma. El sacramento del matrimonio halla su esencia en la misma experiencia de transformación de los esposos, en su cotidianidad, especialmente en los momentos de dificultad personal y en pareja.

Al respecto, el magisterio de la Iglesia ha definido claramente su punto de vista respecto a la dignidad del matrimonio y la familia dentro del ser y misión de la Iglesia. Por ejemplo, el Concilio Vaticano II, en la constitución *Lumen gentium*, numeral 36 afirma:

En esta tarea resalta el gran valor de aquel estado de vida santificado por un especial sacramento, a saber, la vida matrimonial y familiar. En ella el apostolado de los laicos halla una ocasión de ejercicio y una escuela preclara si la religión penetra toda la organización de la vida y la transforma más cada día. Aquí los cónyuges tienen su propia vocación: el ser mutuamente y para sus hijos testigos de la fe y del amor de Cristo. La familia cristiana proclama en voz muy alta tanto las presentes virtudes del reino de Dios como la esperanza de la vida bienaventurada. De tal manera, con su ejemplo y su testimonio arguye al mundo el pecado e ilumina a los que buscan la verdad.

Al ahondar más en esta realidad sacramental del matrimonio-familia, la Iglesia continúa su reflexión en Puebla (Parte Tercera, numerales 582 y 583), y afirma:

La familia es imagen de Dios que “en su misterio más íntimo no es una soledad, sino una familia. Es una alianza de personas a la que se llega por vocación amorosa del Padre, que invita a los esposos a una íntima comunidad de vida y de amor”, cuyo modelo es el amor de Cristo a su Iglesia. La ley del amor conyugal es comunión y participación, no dominación. Es exclusiva, irrevocable y fecunda entrega a la persona amada sin perder la propia identidad. Un amor así entendido, en su rica realidad sacramental es más que un contrato; tiene las características de la Alianza.

[583] La pareja santificada por el sacramento del matrimonio es un testimonio de presencia pascual del Señor. La familia cristiana cultiva el espíritu de amor y de servicio. Cuatro relaciones fundamentales de la persona encuentran su pleno

desarrollo en la vida de familia: paternidad (¿maternidad?)¹, filiación, hermandad, nupcialidad. Estas mismas relaciones componen la vida de la Iglesia: experiencia de Dios como Padre, experiencia de Cristo como hermano, experiencia de hijos en, con y por el Hijo, experiencia de Cristo como esposo de la Iglesia. La vida en familia reproduce estas cuatro experiencias fundamentales y las participa en pequeño; son cuatro rostros del amor humano.

Un tercer punto de vista, similar a los anteriores, que nos ubica en una tradición eclesial con la familia como experiencia fundante, es el *Documento de Santo Domingo*, el cual expresa en el número 64:

La familia cristiana es “Iglesia doméstica”, primera comunidad evangelizadora. No obstante los problemas que en nuestros días asedian al matrimonio y a la institución familiar, ésta, como célula primera y vital de la sociedad, puede generar grandes energías que son necesarias para el bien de la humanidad. Es necesario hacer de la pastoral familiar una prioridad básica, sentida, real y operante. Básica como frontera de la nueva evangelización. Sentida, esto es, acogida y asumida por toda la comunidad diocesana. Real porque será respaldada concreta y decididamente con el acompañamiento del obispo diocesano y sus párrocos. Operante significa que debe estar insertada en una pastoral orgánica. Esta pastoral debe estar al día de instrumentos pastorales y científicos. Necesita ser acogida desde sus propios carismas por las comunidades religiosas y los movimientos en general.

Sin ningún propósito explícito de hacer una labor de análisis profundo y minucioso de estos textos eclesiales, notamos la realidad sacramental del matrimonio-familia desde una dimensión eclesial. La familia es experiencia fundante del ser *eclesia* y, por ende, su ser y misión se plenifican en la misma eclesialidad que le es inherente. Pero para llegar a apropiar las afirmaciones de los documentos eclesiales debemos tener en cuenta previamente la complejidad del ser hombre y mujer en un contexto como el nuestro, inmersos en una situación de conflicto social que, en últimas, es expresión de la conflictividad personal y familiar que vivimos. La situación de Colombia no es una problemática “macro” que involucra al Estado y a los grupos al margen de la ley, sino que es una cuestión que devela una fragmentación personal y familiar previa que no ha sido trabajada juiciosamente ni por el Estado ni por la Iglesia.

Esta realidad la podemos constatar en la conflictividad que vive la familia, especialmente la relación de pareja, reproduciendo personas solita-

1. Cabe anotar que el *Documento de Puebla* no considera la maternidad como un tipo de relación humana, pues la trae explícita. Posiblemente, la supone en la relación de paternidad.

rias, agresivas y llenas de recuerdos desagradables o, inclusive, rencores, ante la ausencia de uno o de los dos padres de familia. A su vez, estos hombres y mujeres que asumen dificultades en pareja, en la mayoría de los casos, llevan en su interior unos procesos conflictivos y de crisis que no han sido elaborados y que con el pasar de los años van creciendo hasta ocasionar enormes problemáticas a nivel personal y familiar.

No podemos dejarnos avasallar por la encrucijada conflictiva que nos presenta la triple lectura que podemos hacer de esta experiencia: por un lado, el magisterio pontificio habla y se pronuncia respecto al ideal del matrimonio-familia como *sacramentum*. Por otro lado, los teólogos del matrimonio hacen referencia a aspectos esenciales del ser matrimonio-familia, muchas veces confrontando las posiciones magisteriales. Además, como si fuera otro mundo, la realidad experiencial de la gente del común es otra, inclusive en nuestras mismas familias.

Algo intuye el Concilio Vaticano II, en su constitución *Gaudium et spes*, numeral 47, cuando afirma que la dignidad de la familia² no brilla en todas partes del mundo con el mismo esplendor. Presenta problemáticas que resquebrajan el matrimonio-familia como la poligamia, la epidemia del divorcio, el llamado amor libre y otras deformaciones; aún más, consideran que el amor matrimonial queda frecuentemente profanado por el egoísmo, el hedonismo y los usos ilícitos contra la generación. Además, la actual situación económica, socio-psicológica y civil da origen a fuertes perturbaciones de la familia.

En este mismo sentido, Puebla expresa, en sus numerales 572–573ss, que en la familia influyen negativamente los resultados del subdesarrollo: insalubridad, pobreza, miseria, ignorancia, analfabetismo, condiciones inhumanas de vivienda, sub-alimentación crónica, entre otros dolorosos factores. Igualmente, reconocen que la realidad familia ya no es uniforme, pues hay factores ligados al cambio de época que la determinan: sociológicos (injusticia social, principalmente), culturales (calidad de vida), políticos (dominación y manipulación), económicos (salarios, desempleo, pluriempleo), religiosos (secularismo). También, afirman que la familia es víctima de los ídolos del poder, la riqueza y el sexo.

2. El Concilio Vaticano II entiende la dignidad de la familia como el avance en el fomento de la comunidad de amor y el respeto a la vida, que ayudan a los esposos y padres en el cumplimiento de su excelsa misión.

En una línea cercana, el *Documento de Santo Domingo*, en sus numerales 216ss, afirma que en América Latina y el Caribe hay muchísimas familias reclamando por su situación de miseria y hambre, por el desempleo, la carencia de vivienda digna, de servicios educativos y sanitarios, de salarios bajos. A esto se suma el gran desconocimiento que se ha impuesto frente al matrimonio-familia como proyecto de Dios, que invita al hombre y a la mujer a vivir su proyecto de amor en fidelidad hasta la muerte, debido al secularismo, la inmadurez psicológica y las causas socioeconómicas y políticas, que conducen al quebrantamiento de los valores morales y éticos de la misma familia. Esto ha dado como resultado la realidad de familias incompletas, parejas en situación irregular y el creciente matrimonio civil sin celebración sacramental y uniones consensuales.

Notamos un marco general de las dificultades que el magisterio de la Iglesia identifica en la actual situación de la vida matrimonial-familiar. Aunque son documentos de hace más de veinte años, describen la realidad familiar que hallamos hoy día, aunque en este momento podríamos definir más elementos. En este sentido, la Iglesia tiene un enorme compromiso y reto al verse en la urgente necesidad de resignificar antropológicamente la “pastoral matrimonial”; urge la ruptura del esquema de la “celebradera” de ceremonias matrimoniales sin un verdadero sentido sacramental y, peor aún, sin un acompañamiento serio y personal del autoconocimiento que cada uno de los contrayentes debe tener. En la medida en que facilitemos una “pastoral familiar” que parta del acompañamiento durante el noviazgo, los primeros años de casados y en el advenimiento de las crisis, podremos garantizar una verdadera vivencia sacramental del matrimonio.

Como lo acabamos de anotar, los documentos magisteriales hacen una aproximación general a la realidad de crisis que viven el matrimonio-familia, pero no deja de quedarnos un sinsabor por la amplitud de los aspectos y el recalcitrante énfasis en los problemas macros que afectan más la legitimidad de las uniones o no. Poco se hace énfasis en la realidad personal, interna, del hombre y la mujer como seres individuales con apertura de sentido al encuentro comunitario del ser y misión del matrimonio-familia. Es aquí donde presentamos una posible lectura de resignificación antropológica del matrimonio.

RESIGNIFICACIÓN EN Y DESDE LA CRISIS

Cuando hablamos de la antropología del matrimonio accedemos a la dinámica existencial de la pareja (hombre-mujer) como un sistema complejo conformado por elementos esenciales como la familia de origen, el contexto, las etapas del ciclo vital, las crisis –cambios y adaptaciones– la realización personal y el trabajo, el proyecto de vida (valores), los hijos o la carencia de los mismos, los duelos y las pérdidas. A estos elementos esenciales se suman unos elementos que me atrevo llamar fundantes: el *yo* (autoestima-autoimagen), las necesidades físicas, afectivas y emocionales, la sexualidad y la comunicación, los límites y los espacios, y el dinero (Rojas, 1998: 175-176).

En el entrecruce creativo de los elementos esenciales y los elementos fundantes se constituye la pareja como primer espacio en el que acontece el *sacramentum*. Sin embargo, a primer vista, el magisterio de la Iglesia ha asumido la dinámica del matrimonio-familia desde unos parámetros universales y paradigmáticos del “deber ser” respecto de la esencia, ser y misión de lo que significa la familia. Esta realidad no la desconocemos en la presente reflexión. Simplemente no podemos perder de vista el presupuesto antropológico que cruza la esfera de la pareja-familia: hombres y mujeres en movimiento constante vital que, a su vez, implica etapas vitales, crisis, cambios y adaptaciones. Desde aquí debe suscitar una pastoral familiar afincada en la resignificación vital del matrimonio-familia: la personalización.

Garrido propone un nuevo enfoque antropológico desde donde debería surgir una pastoral resignificada. Entendemos, desde este autor, la personalización como un “término dinámico que inspira un modo de abordar, a la vez, lo humano y lo espiritual. Implica la búsqueda del hombre en su esencia, anterior a cualquier tradición espiritual específica, y la conciencia refleja de que en cualquier tradición espiritual hay un modelo antropológico implícito” (Garrido, 1996: 108).

La personalización³ es una experiencia que se organiza en torno del sujeto, que se hace sujeto de su propia historia. “La persona no es algo

3. Desde Garrido se entiende como el proceso vital-existencial en el que el hombre y la mujer hacen un trabajo interior de “toma de conciencia” de su realidad de vida en toda su integridad (humana-espiritual) con el propósito de gestar procesos de transformación personal que nos lleven desde la inautenticidad, en la que hemos caído por formación y cultura, hacia la autenticidad (libertad) que nos permita crecer dialógicamente, en encuentro con otros.

objetivable, constituido, hecho, sino algo a conquistar, algo que ha de hacerse o, mejor, descubrirse en un proceso de transformación.” (Garrido, 1996: 108). De donde se sigue que una pastoral familiar desde esta resignificación nos lanza a asumir al hombre y a la mujer como seres inacabados y, así inacabados, se comunican desde el ser pareja-matrimonio-familia en movimiento constante de irse construyendo personal y comunitariamente. Debemos partir de lo atemático, de lo que no somos aún, para experimentar el misterio que se va haciendo certeza.

Es un proceso que va en dos direcciones:

- *Dentro de sí.* Más allá del *yo* constatable y de la voluntad racionalmente controlable, por una especie de desenmascaramiento (roles, mentiras existenciales, impulsos ciegos, intereses solapados, resistencias justificadas, etc.). La pastoral familiar debe, en primera instancia, recurrir a un acompañamiento durante el período de noviazgo, facilitando así que cada uno de los hombres y mujeres que piensan celebrar sacramental su amor asuman su realidad histórica como es. Es ayudarlos al desenmascaramiento de su vida, que dejen atrás las mentiras existenciales consigo mismos, con la pareja y, obviamente con los demás. No olvidemos que durante el noviazgo la mentira es el mejor mecanismo para lograr que el “otro” me acepte todas mis propuestas.
- *Fuera de sí.* Hacia la riqueza sorprendente de la vida (más allá de lo inmediato primario) hacia el encuentro con la unicidad del otro, hacia el Dios personal y absoluto que se nos devela en la comunión de la pareja-matrimonio-familia. En este sentido, en la medida en que logremos un proceso de desenmascaramiento personal, tal como lo afirmamos en el punto anterior, el reconocimiento y salida a la alteridad facilitará el proceso de aprehensión del ser sacramento matrimonial. Es decir, la transparencia de Dios será testimonio.

Pastoralmente es acompañar a cada persona en el *tomar la vida en las propias manos*. Esto implica que los cursos prematrimoniales deben ir más allá de dos o tres días de encuentro con dinámicas “lúdicas” que presionan la obtención de un certificado para llegar al despacho con los documentos al día. La personalización nos debe conducir a ayudar a concienciar la unicidad personal de cada hombre y mujer, y desarrollar la existencia en relación a dicha unidad. De esta manera, podremos hacer posible las palabras de Anselm Grün que traíamos a colación al comenzar esta reflexión: descubro la dignidad del otro desde el descubrir mi propia dignidad.

Soy yo mismo, no otro, más allá del bien y del mal, llamado personalmente por Dios a una relación de amor. Distinto pero no contrapuesto al tú humano (amigo, pareja, hermanos, compañeros...) con el que camino y que significa tanto para mí. Tengo una historia común con la especie humana, con esta geografía, con esta historia colectiva; pero no soy un número, una parte, un miembro, sino una persona capaz de dar un sentido u otro a mi pasado y de construir libremente un proyecto propio. Estoy condicionado, y no puedo ser libre si no me reconcilio con mi herencia y mi educación y con la soledad en la que vivo. No podré transformar nada si previamente no lo acepto en su limitación. Pero nada ni nadie puede sustituir mi decisión de tomar mi vida en mis propias manos, desde la soledad última de ser sujeto único. Incluso el tomar la vida en mis manos lo hago en un contexto, pues mi libertad sólo existe configurada; pero la libertad sólo es real, y no alienada, cuando me sé con un destino único; y he de ser fiel a mí mismo por encima de todo, aunque me equivoque, aunque confunda la fidelidad a mí mismo con mi narcisismo inconsciente. (Garrido, 1996: 109)

CLAVES DE LA PERSONALIZACIÓN

Pero, al resignificar antropológicamente el matrimonio no hablamos de “fórmulas matemáticas”, sino de procesos existenciales. Por ende, requiere la dimensión de procesualidad. En este orden, la personalización que proponemos para esta resignificación cuenta con unas claves que no podemos dejar a un lado. Estas claves son los puntos neurálgicos que configuran una resignificación antropológica del matrimonio. Son ideas matrices que deben articular esta dimensión pastoral eclesial desde una clave de espiritualidad del matrimonio-familia.

1. *Autenticidad.* Es fundamental, por cuanto nos permite ayudar a que cada persona “tome la vida en sus propias manos”, asumiendo lo que ha sido y es, con aciertos y desaciertos, luces y sombras. Ésta nos coloca en la dinámica de la autenticidad moral y la autenticidad existencial. En la primera, la persona responde con una conducta coherente, de acuerdo con referencias objetivas (mandamientos, consejos para la vida de pareja-familiar, exigencias radicales, etc.). La persona responde con mayor o menor grado de generosidad a unos valores conscientemente asumidos y puestos en práctica.

La segunda – autenticidad existencial – radicaliza la libertad situándola más allá del bien y del mal, en sentido radicalmente moral, como experiencia trascendental de hacerse responsable de ser una persona que busca vivir en verdad. Es ir al corazón del hombre y la mujer. Son los que toman la vida en sus manos como algo suyo, irreductible, y no subordinan su libertad intransferible a ningún sistema de seguridad, por más garantías de objetividad que

este pueda tener. Es la fidelidad a sí mismo, por encima del “rol”, por encima incluso de las normas morales internalizadas en función de la necesidad de autoimagen. La pregunta desde la pastoral es ¿Lo que hago es en verdad mío?

2. *Proceso.* Implica una experiencia radicalmente dinámica de la vida. Los ideales y las normas son intemporales, pues pretenden estructurarnos para siempre desde parámetros de conducta predeterminados. Al asumir la resignificación del matrimonio-familia como proceso significa permitir que el hombre y la mujer sea el mismo o ella misma, que vayan descubriendo por sí mismos si sus opciones son reales o “montajes” añadidos y si, al integrarse en un grupo o institución, éstos le domestican o le permiten crecer en libertad.

Claro está que no podemos dejar de lado un mínimo grado de adaptación, pero por encima está la persona. Es confrontar el ideal y la realidad. Volvemos a la encrucijada entre magisterio pontificio, magisterio de los teólogos y realidad del común de la gente. No es lo mismo una crisis matrimonial vivida a los cuarenta y cinco que en los albores de la juventud matrimonial y, aún más, si la pareja es de edad temprana. La personalización en la pastoral familiar no niega el ideal, sino que lo resitúa en un proceso existencial.

3. *Experiencia de la condición humana.* La personalización sólo la entendemos cuando conlleva la transformación de la persona. Conversión que supone experimentar la densidad de lo real a niveles cada vez más hondos. Esta resignificación implica asumir la aventura humana hasta el final y sentir el escándalo de un Dios que quiso hacerse hombre y compartirlo todo con nosotros, pues “Dios no soluciona los problemas de la finitud humana, sino que les da sentido”. Debemos tener en cuenta que:

- (a) Vivimos procesualmente una ruptura de la imagen infantil de Dios ligada a nuestros deseos imaginarios, sin conflictos.
- (b) La experiencia de que el camino del Reino no responde a nuestras expectativas y deseos. Por ejemplo, en relación con las metas individuales, a las ambigüedades eclesiales, institucionales e, inclusive, de la misma familia, a la ineficiencia de los valores cristianos, etc.
- (c) En encuentro con la densidad del mal y del sufrimiento en todas sus formas.

- (d) Las contradicciones insalvables de la condición humana, y entre ellas el pecado como experiencia global, como poder de muerte, que pone al descubierto la mentira existencial, el egocentrismo, la auto-justificación.

Es decir, en la personalización, dentro de la pastoral familiar, la máxima importancia la tiene la crisis, ya sea que irrumpa abruptamente o se produzca procesualmente. De aquí se deriva que la resignificación contiene la experiencia fundante en la espiritualidad de la pareja.

4. *Visión integral.* El magisterio pontificio y algunos teólogos han tratado de superar la formación preconiliar moralista y espiritualista, sobre todo, en materia de pastoral familiar –aunque en la práctica falta mucho– afirmando las dimensiones humana y cristiana como claves para evangelizar. La problemática está en “cómo hay que articular esas dimensiones”.

Una resignificación de la pastoral matrimonial-familiar nos debe lanzar al discernimiento diacrónico, situando a la pareja desde las experiencias significativas en una historia concreta e intentando captar las constantes, la trayectoria, las rupturas, para articular una unidad de sentido, en cuanto es posible. Este punto se completa con un discernimiento sincrónico, es decir, interrelacionar todas las áreas de los proyectos de vida desde una lectura integral e integradora de los diversos niveles: psicológico, social, existencial, espiritual, etc.

5. *Discernimiento.* Debe ser un talante o actitud existencial que abarca la vida entera. Es que aprendan y, por supuesto, aprendamos los acompañantes de los procesos a vivir “desde dentro” descubriendo la fidelidad a la verdad profunda del propio ser, no desde modelos ordenadores de conducta. A su vez, es suscitar el vivir en obediencia a la obra del Espíritu Santo, no en función de deseos de perfección, sino en función de la transformación real del yo al ritmo de Dios y en discernimiento de sus caminos, distintos de los nuestros, sin duda. Es colocar el ritmo vital en una experiencia desde el Espíritu.

INSTANCIAS DE LA PERSONALIZACIÓN

La pareja configurada en y desde el ser de la mujer y del hombre conlleva una serie de elementos que dinamizan la vida personal y familiar. La resignificación antropológica del matrimonio, para una pastoral familiar, debe

tenerlas en cuenta. Sintéticamente, podemos definir las instancias como componentes que integran dinámicamente a la persona, y son:

1. *La autoconciencia.* Hacer referencia a la persona en cuanto individuo. Implica aspectos como la reflexión, el autoanálisis, la soledad, la autoafirmación, los contenidos de conciencia y de inconsciencia, etc.
2. *La intersubjetividad.* Hace referencia al ser persona con otras personas (alteridad), a lo específico de la relación interpersonal. Implica aspectos que se engloban en la convivencia y en la afectividad: salir de sí, comunicación, encuentro, vinculación amorosa, dependencia, socialización, relaciones de autoridad, etc.
3. *Acción en el mundo (trabajo).* Desde dos sentidos: actividad transformadora de las condiciones objetivas y en cuanto colaboración con otros seres humanos (intimidad y trabajo).
4. *Contexto sociocultural.* Hace referencia a la situación histórica en que se encuentran el hombre, la mujer, la pareja y la familia. Está configurada también por las instancias de la autoconciencia, la intersubjetividad y la acción en el mundo.
5. *Las cosmovisiones.* Son los símbolos y significados que la persona ha internalizado y con los que interpreta y da un sentido. No podemos olvidar que lo ético y religioso emerge de la fuente inspiradora de las ideas y valores, además la cosmovisión de la familia cristiana se nutre de la experiencia de Dios.

LAS CRISIS⁴ EN LA DIMENSIÓN PAREJA-MATRIMONIO-FAMILIA

Cada ser humano, en lo más profundo de su interioridad, tiene “piedras de tropiezo”. Algunas de estas “piedras” pertenecen al temperamento; el secreto está en no vivirlas como problemas a superar, sino como camino de humildad. Por ello, al terminar esta reflexión y dejar abierta la introspección personal

-
4. Son “nudos u obstáculos” que se hacen presentes en nuestra vida, en todo momento y circunstancia, y hacen palpable la finitud, el límite de nuestra humanidad. Éstos pueden expresarse en cualquier ámbito de nuestra historia e implican el fuero interno o externo de lo que somos. Se pueden vivir individual o comunitariamente. Culturalmente han sido asumidos como negativos, pero desde nuestra perspectiva son positivos al ayudar a crecer y madurar auténticamente en nuestra experiencia vital.

y/o comunitaria en nuestra realidad de agentes de pastoral, debemos tener presente la realidad histórica de las crisis en la vida personal, de pareja (matrimonio) y familiar. Por ejemplo, el neurótico escrupuloso siente mucha culpabilidad; pero la manipula inconscientemente para no decidir ni responsabilizarse. El que vive desde la dinámica teológica (personalización en y desde Dios) se siente cada vez más pecador y tiene cada vez más paz (síntesis de contrarios).

Los contrarios en la vida matrimonial, inclusive en la personal (el conflicto en todas sus formas: personalización y despersonalización, libertad y alienación, amor y desamor, vida y muerte, gracia y pecado, salvación y condenación...) son el lugar propio (experiencia de crisis, de impotencia, de angustia, del fracaso, de culpa) del milagro de la persona reconciliada, realizada, liberada, transformada, cristificada. Hacia allá debe ir nuestra pastoral familiar.

Conviene tener en cuenta que la pareja está constituida por elementos de lo pre-personal, lo personal y lo personalizante. Claro está que cada uno de los miembros de la pareja y/o familia conlleva estos elementos desde su dinámica existencial.

1. *Lo pre-personal.* Es todo aquello que no ha sido configurado por la voluntad racional de la persona. Es determinante antes de los seis/siete años, y por eso atañe al equipamiento personal. Sin embargo, desde la primera infancia se dan experiencias de sentido que renacen desde el fondo de la conciencia e iluminan en el futuro las decisiones personales. Por ejemplo, sueños existenciales sobre el bien y el mal, el tiempo y la eternidad, etc.
2. *Lo personal.* Poco a poco, lo pre-personal cede paso a lo personal, a lo configurado por la voluntad racional. Lo dado “desde afuera” y lo asimilado pasivamente se constituye material para un proyecto de vida. Por ejemplo, una autoimagen narcisista (personal) oculta la dificultad de autoestima (pre-personal).
3. *Lo personalizante comienza con el proceso,* de conocimiento de las interrelaciones entre los pre-personal y lo personal; de cambio en dichas interrelaciones mediante una pedagogía de mediaciones e instancias y actitudes existenciales. Este proceso cuenta con lo dado e implica a la persona libre en su subjetividad.

En este orden de ideas, las crisis que todo ser humano vive en su historia las podemos describir de la siguiente manera:

1. *Crisis entre la adolescencia y la adultez (18-25 años).* Ya pasada la primera fase de la adolescencia. Se han afianzado los ideales, se dispone de un cierto equilibrio emocional, combinando debidamente intimidad y actividades, relación interpersonal e inquietudes sociales. La pregunta que mueve esta etapa es ¿qué hacer con la propia vida? Todo depende de si se tiene un *yo* bien constituido.

- (a) Esta identidad tiene un contenido real desde la crisis misma, porque el proyecto está apoyado en el ideal del *yo*, no en el *yo* real.
- (b) La libertad que lo lleva a cabo es una libertad abstracta, no confrontada con la realidad personal y el contexto histórico concreto.
- (c) Se confunde la identidad social e identidad personal.
- (d) Se fundamenta en el propio deseo, no en la obediencia de fe a la voluntad de Dios.
- (e) Entre los veinte y veinticinco años aparece la crisis existencial de autoimagen. Si los jóvenes se han casado en esta fase y una de las familias tiene un sistema protector, la adolescencia se prolonga. O, si ingresa a una familia poco creyente y ella o él es demasiado creyente, puede producirse confusión de identidad.

Nos queda el planteamiento para nuestra labor pastoral familiar: ¿Cómo acompañar matrimonios que creemos preparar o celebrar en este contexto? Han llegado parejas en problemas o dificultades, después de años de vida matrimonial, que se casaron en esta temporada; he percibido en ellos o ellas un reclamo porque la “unión no los dejó vivir esta etapa con intensidad”. En una ocasión, acompañé una pareja que después de trece años ella decidió ingresar a la universidad y vivir allí lo que “él no la dejó” en esa etapa, por ello, ella se colocó *piercing* (no tengo nada contra estos elementos), comenzó a usar descaderados, andaba con jóvenes (compañeros de clase), iba a “rumbas” y, en todo este proceso, descuidó a los tres niños dejando que el hombre asumiera hasta las cosas de organización de la casa.

2. *Crisis en el joven adulto (25-40/45 años).* La persona tiene un proyecto estable de vida asumido no “adolescentemente”, en función de deseos ideales, sino en función de un proceso de personalización y fundamentación.

Pero, todavía es joven, y le queda la tarea de construir la vida. Es tiempo de iniciativas, de asumir responsabilidades, de ir creando lazos afectivos propios (hijos, ámbitos profesionales, primeros destinos), de actividad transformadora. El tiempo es posibilidad disponible. La historia está en las manos de cada uno y cada una. Se vive todo. Tiempo de integración y, en consecuencia, de tensiones bipolares que caracterizan la existencia humana:

- (a) Integración de autorrealización y autodonación;
- (b) de ideales y limitaciones, personales y ajenas;
- (c) de libertad y necesidades;
- (d) de expectativas y procesos;
- (e) de fe y vida;
- (f) de éxitos y fracasos;
- (g) de esperanza, responsabilidad y aceptación.

Hacia los treinta y cinco años comienza la crisis de realismo. Es el momento del darse cuenta que el mundo en el que hemos intentado hacer nuestro proyecto de vida no se amolda ni se amoldará a nuestros planes y deseos. Cuando este momento se vive desde el ideal cristiano del Reino o por la confianza incondicional en el Dios que lo puede todo, la crisis es peor. Es el momento propicio para que una pastoral familiar afinque su labor en el caminar con (...) y desarrollar plenamente la personalización teológica (experiencia vital de Dios).

En esta época pueden aparecer dificultades personales que no se habían trabajado con cuidado o, en algunos casos, ni se habían dado cuenta por “acostumbrarse” a vivir de X o Y manera. El final de la carrera, el sueño de otros estudios, los primeros trabajos estables, etc., van marcando una pauta que puede entrar en conflicto con la realidad de pareja, si ya están casados, o el proyecto de casarse puede entrar en contradicción o puede obstaculizar los sueños personales. La crisis de realismo afecta notablemente la relación de pareja, noviazgo o matrimonio.

3. *Crisis del adulto maduro (entre 40/45 y 60/65 años).* El futuro ha comenzado a ser más barrera que horizonte abierto. Ahora, “proyecto” es decisión de hacer historia nueva. El proyecto es lo creado ya, lo conocido, lo que sabemos cuánto da de sí. Es la tarea de aceptar la realidad, no de conquistarla. Sobrevienen nuevamente las confusiones, inseguridades y desilusiones. La crisis no está en que no se alcanzaron los ideales, sino en que hubo sinsentido cuando se propusieron tales ideales. Es la crisis de reducción.

- (a) El proyecto de vida tiende a cerrarse en lo alcanzado.
- (b) El ciclo conduce progresivamente a la experiencia de reducción en las distintas dimensiones de la vida: salud, relaciones humanas, protagonismo social, relaciones extramatrimoniales (...)
- (c) La esperanza, hecha de confianza en sí y de experiencia de fe, se siente amenazada por la ambigüedad radical con que uno percibe el propio obrar.
- (d) Se tiende a relativizar todo lo pensado, querido y trabajado.
- (e) La muerte, antes ignorada, comienza a revelarse tremendamente real.

En sentido cualitativo, es la época de la madurez. Se recogen los frutos de años de tensión y empeño. Se tiene experiencia de vida. Edad del arte de vivir, de educar, porque se tiene visión de conjunto y se ha aprendido a distinguir lo esencial de lo accesorio. Los padres de familia ven con añoranza lo vivido y en sus hijos ven sueños e ilusiones. Sin embargo, el sinsentido puede ser un factor que obstaculice enormemente la vida de pareja, que llega a depositar en los hijos esos sueños no cumplidos o lo hecho pero sin sentido. A esto se suma la crisis de la mitad de la vida. La mujer entra en su etapa de menopausia, no hay más prole, los nietos pueden llegar, sobre todo, de repente, y la monotonía puede estar latente. El hombre vive la experiencia del "demonio del medio día" que, en otras palabras, es el sinsentido del matrimonio o de la pareja con la que se ha convivido y pueden aparecer "amiguillas" especiales más jóvenes que permiten volver a vivir con intensidad aquellos "fuegos de juventud". Es un momento de tensión en la vida de pareja y familiar pero, vivido con esperanza y acompañamiento, consolida enormemente la historia personal, marital y familiar.

4. *Crisis en el adulto anciano (a partir de los 60/65 años).* Los cambios más significativos en esta etapa son:

- (a) Retiro profesional y soledad familiar.
- (b) La disminución física no es un aviso, sino una compañera.
- (c) Todavía pueden hacerse cosas, pero ¿para qué?
- (d) Se vive, literalmente, de recuerdos.
- (e) Impotencia para iniciar nada nuevo, ni humano, ni quizá espiritual.
- (f) La muerte no es un fantasma que aparece y desaparece, sino la realidad que se impone.
- (g) Dios se revela como el gran tema de la existencia.

- (h) Es época de serenidad y sabiduría, de libertad interior en la simplicidad de la mirada, intacto el corazón, liberado del egocentrismo.
- (i) La existencia queda reducida a la confianza, fundamentada en la paz espiritual que anticipa el cielo.
- (j) Se puede morir. Es algo normal.
- (k) Es la hora del creyente.

459

En la vida de pareja es el momento del “vivir juntos” y sentir nuevamente la grata compañía del otro. Es un momento del abandono en la vida. Ya no hay programaciones, no hay planeaciones enormes. La vida familiar es disfrute, paz, tranquilidad, añoranza y renovación en los nietos y bisnietos. Por ello, Javier Garrido habla de la “hora del creyente”, pues la vejez permite reconocer la acción de Dios en esa historia vivida y en el horizonte de muerte como un “ir más allá” de lo hecho y dicho. Si se llega a esta etapa con la esposa del matrimonio es lanzar la mirada de gratitud; si se llega a esta etapa con dos o más matrimonios, es el momento de lanzar la mirada con añoranza y gratitud o, incluso reclamos, dependiendo de la manera como se haya asumido la vida. Si se llega solo o sola, es un momento de silencio doloroso y triste que debe ser acompañado. En últimas, cada etapa o cada crisis es una experiencia de vida sacramental, por cuanto Dios actúa en y desde la crisis para construirnos humanos y, desde allí, lanzarnos a construir humanidad.

En síntesis, la resignificación antropológica del matrimonio-familia encuentra su dinámica existencial en la realidad histórica salvífica de la crisis-personalización. Las crisis representan los momentos decisivos del proceso. Toda transformación introduce en el sujeto la negación y la fractura, la ambivalencia o la síntesis de contrarios. Las crisis iluminan los pasos del proceso vital, el cambio a un nivel de interioridad a otro, según cada persona y cada caso. La resignificación nos convoca para hacer un trabajo desde dentro de la condición humana. Lo difícil de una pastoral familiar está en aspirar siempre al *más*, aunque ese *más* recurra insistentemente en que hay que estar casado, hay que ser fiel, hay que responder (...) hay que, hay que, hay que, y contar sólo con lo que aquí y ahora tenemos entre manos: la vida ordinaria de la pareja-matrimonio-familia. Por ejemplo, hay esposos, cualquiera de los dos, que intentan resolver la crisis de realismo renovando deseos adolescentes. Se necesita tiempo y sabiduría para descubrir que la vida consiste en vivirla, no en proyectarla.

La espiritualidad nos dice, igualmente, que el placer no debe ser gustado por sí mismo, sino que debe ser situado (integrado) en un conjunto (placer sexual, en la relación interpersonal; el dinero, en la solidaridad; el éxito, en el servicio...). Entonces se da la experiencia bipolar, signo claro de la madurez humana y cristiana: la simultaneidad del gozo y desasimiento. Se goza con todo (especialmente con lo más sencillo y ordinario, como la amistad, el encuentro de pareja-familia, etc.) y se está más allá de todo. (Garrido, 1996:279)

Las palabras de Anselm Grün nos pueden ayudar a continuar la reflexión personal en nuestras vidas. Desde la propuesta que hemos venido desarrollando, la resignificación antropológica del matrimonio no es una simple tarea por desarrollar con grandes planeadores, sino es un reto y una misión urgente para consolidar la Iglesia y, por ende, la sociedad. La Iglesia no es sólo para dictaminar la manera como la familia debe ser y proceder, sino es la familia la que le da sentido al ser Iglesia. En la medida en que consolidemos la familia, la Iglesia se mantendrá firme, con la gracia de Dios. Para ello, debemos comenzar por la persona en sí, ese hombre y mujer que desean celebrar el amor que viven desde el noviazgo y que se abren a la experiencia de dar testimonio del amor de Dios al mundo.

En todo matrimonio aflora mucho material inconsciente. Si los dos esposos no verbalizan lo que les mueve y dónde se sienten heridos por el otro, si no plantean las discusiones y conflictos, sino que aceptan cualquier cosa en silencio con la esperanza de que las situaciones no sean tan graves como parecen, entonces ese material inconsciente crece cada vez más. (Grün, 2000: 44)

TRANSFORMACIÓN DESDE LOS ESPOSOS

Vislumbradas las etapas por las que cada persona, hombre o mujer, pasa en su historia y, por ende, la manera como puede afectar la vida de la pareja o de la familia, es importante que al cerrar nuestra reflexión pensemos en la importancia de la comunicación para la transformación de los esposos, en cuanto persona-sujeto de la sacramentalidad del matrimonio-familia.

Toda relación interpersonal, con más fuerza la de pareja y la que se establece en el entorno de la familia, contiene unos elementos básicos que la constituyen en una relación dinámica de construcción de lo humano:

- *Racionalidad.* Decimos que una relación interpersonal es “racional” cuando cada persona se siente y reconoce digno(a) de su condición humana, no sólo en un movimiento individual sino que en la medida en que se reconoce a sí, se abre al reconocimiento del otro o los otros. En términos

filosóficos, es el reconocimiento de cada persona como “fin en sí mismo y no como medio”. Cada vez que un ser humano asume a los otros como “medios” para buscar sus propios intereses y necesidades, está ejerciendo violencia sobre los otros y la relación que se establece es irracional.

– *Comprensión.* Más allá de reconocer y sentir a los otros como “fines en sí”, la comprensión nos lleva al asumir la vida que el otro ser humano nos manifiesta en su ser y comportamiento, aún en medio de las diferencias que esto conlleva. Es acoger la vida de los otros en su “individualidad y esencia”, sin pretender condicionarlos desde mi perspectiva.

– *Comunicación.* Es el establecimiento de la “común-acción” en la vida, a través de la cual construimos la misma vida relacional. Esta acción común la gestamos a través de la palabra, medio a través del cual nos expresamos al mundo. Esto implica diálogo, “logos diáfano, claro, transparente”. Es el acercamiento mutuo a través de la palabra que nos expresa desde nuestra interioridad a la exterioridad. Si nos damos cuenta, los seres humanos cubrimos todo nuestro cuerpo con ropa, lo único que nos presenta al mundo es el rostro y allí, nuestra boca es medio a través del cual nos expresamos al mundo. El rostro es la manifestación del ser y, en éste, la boca es medio de la palabra. Esta comunicación tiene unas esferas que vale la pena tener en cuenta:

- Debemos entender la percepción de las cosas desde la perspectiva de la otra persona. No somos los únicos en el mundo y nuestras experiencias no son las únicas. Por ello, es importante que accedamos al mundo de la otra persona en su expresión a través de la palabra, pues cada ser humano se expresa desde lo que vive y siente. Así, según la etapa de crisis que se esté viviendo, el hombre o la mujer se expresa en su palabra. Por ello, la vida de pareja debe contener este elemento esencial de la comunicación, sobre todo el convivir y construir juntos la vida contiene un “entender” que el otro es otro en su ser. La vida de pareja o familiar no es un espacio para “crear” fotocopias desde mi perspectiva individualista.
- Escuchemos para entender y no para responder. Culturalmente nos forman para responder; si no, miremos la reacción de un joven ante una pregunta o reclamo que se le haga... De una vez está la respuesta; así, podemos mirarnos todos frente a esta actitud. En la

vida de pareja o familiar, aunque en cualquier espacio social se debe tener en cuenta, la escucha es esencial para entender y comprender a la otra persona, no nos lancemos a la respuesta inmediata, procesemos las palabras.

- Los mensajes que emitimos con el tono de nuestra voz contienen en sí una carga de pensamientos y sentimientos que le dicen al mundo cómo estamos interiormente. No es lo mismo decir: “Nene, deja eso ahí por favor”, a decir: “¡Deja eso ahí! ¡Deje eso ahí ya!” De esta manera, invito a los lectores y lectoras que llevan una vida de pareja (casados o noviazgo) o familia que miren en su interior cómo está el nivel de comunicación.
- Las expresiones faciales y gestuales dicen mucho de nuestro estado interior o percepción de situaciones. Muchas veces nuestra expresión facial o corporal dice más que una sola palabra. Allí podemos llevar una carga de “rabia o furia” o de “alegría” sin necesidad de herir. Inclusive esta actitud puede hacer más daño que una palabra, porque es una especie de “veneno” que vamos guardando hasta que explota y hace más daño que cualquier expresión oral. Aún más, en la vida de pareja o familiar se suele ser amigo del llamado “silencio cómplice” que hace mucho daño a las relaciones interpersonales y en el que vamos guardando rencores que nos pueden dañar personal y comunitariamente.
- Lo que decimos cuando hablamos con los demás también expresa toda nuestra situación personal. Si tomamos en cuenta las crisis que hemos descrito antes, podemos corroborar que en cualquier estado interior en el que nos hallemos, podemos comunicarlo con las palabras que expresamos. Esto nos permitirá entender cómo las mamás, por ejemplo, asumen un “discurso” de añoranza, estresante, durante la crisis del adulto maduro, pues la vida ha transcurrido y posiblemente muchas cosas no se pudieron hacer o si se hicieron llega la duda si era por ahí o no, la capacidad de generar vida termina, los cambios físicos se aceleran, etc. Si una familia no asume este proceso con madurez pueden llegar conflictos y situaciones de dureza en las relaciones interpersonales que lleguen a hacer mucho daño.

- El lenguaje de nuestro cuerpo es otra manera de comunicarnos con el mundo. En una vida de pareja (casados o noviazgo) es importante el cuidado personal e interpersonal; el esposo valora el cuidado de la esposa y la esposa se siente incentivada por la valoración que el esposo le dé. Igualmente, los hijos esperan un cuidado especial por parte de la mamá, por ejemplo. Cada cuerpo habla al mundo sobre lo que está viviendo o sintiendo la persona.

– *Confiabilidad.* Es la actitud vital esencial en nuestras relaciones interpersonales que nos permite reconocer que lo que la otra persona es, humaniza, que nos permite crecer en la autenticidad y libertad de vida. En las relaciones de pareja o familiares se concretiza en aceptar al otro tal y como son, dejándolos que sean ellos mismos en sus expresiones y creyendo siempre que favorecen el crecimiento común.

– *Aceptación.* Es “colocarse en los zapatos del otro”, es la actitud vital de sentir como la otra persona, así sea distinto a mí. Allí, junto con la confianza, colaboro en la humanización de los otros y, por supuesto, en la mía.

– *Modos no coercitivos de comunicarnos y relacionarnos.* Se basa fundamentalmente en la libertad que tiene cada persona para ser y expresar lo que siente y piensa, pero ello implica una apertura a la diferencia que los demás me revelan en su ser y proceder. En este contexto, mi relación interpersonal no puede basarse en presiones sobre los demás para que piensen, sientan o hagan las cosas desde mi perspectiva. Hay que tener cuidado para no caer en la coerción psicológica o afectiva, en las que culturalmente nos han formado, sobretodo cuando se trata de personas que amamos.

La transformación de los esposos es una misión personal que, con la gracia de Dios hace explícito la labor creadora de Dios en el corazón de cada uno. No es una tarea que asumen al momento de la ceremonia, sino que es la misión de construir familia, de ser co-creadores con Dios. A través de los elementos que acabamos de describir, reconociendo que podemos ubicar muchos más, consolidamos las relaciones de pareja y familia. No desconozcamos las palabras de Anselm Grün al iniciar nuestra reflexión: lo que es bueno para cada uno, lo lleva a estar felizmente con los demás.

La sacramentalidad del matrimonio consiste en la transparencia de Dios que cada esposo y cada esposa manifiesta en su vida cotidiana, especialmente en la vida de pareja que los lleva a crecer juntos y a crear vida en la familia.

La comunicación, como lo acabamos de ver, es esencial en esta dinámica, puesto que es la común-acción por hacernos cada vez más humanos. Por ello, los invito a reflexionar con unos puntos esenciales en el diálogo de pareja y de familia:

- *Sea impecable con las palabras.* Hable con “limpieza” en sus palabras. Deshágase de los “dobles sentidos”, los llamados “indirectazos”, la “suciedad” en lo que decimos y en la manera como lo decimos. Asume siempre el rol de hablar con la verdad, transparencia y decencia.
- *No haga suposiciones.* Nuestra cultura es amiga de “suponer cosas” sin saber si realmente la otra persona quiso decir eso, quiso actuar así o es consciente de lo que dice o hace. Por ejemplo, si al levantarse no dijo nada, ya la otra persona está haciendo “videos” de (...) “qué le pasará”, “será que le molesto...”, “yo qué hice ayer...” No, vaya directamente a donde la otra persona y exponga su punto de vista con claridad y caritativamente.
- *No se tome las cosas personalmente.* Hay ocasiones en las que nuestra hipersensibilidad está a “flor de piel” y creemos que todo lo dicen o hacen por o contra nosotros. Es importante ser conscientes de qué somos y sentimos para que no estemos pensando que todos nos quieren atacar.
- *Hagamos todo en la vida de la mejor manera posible y deseando siempre construir humanidad.* Cada uno lleva un ritmo personal en la vida. Desde allí hagamos lo mejor, respetando los ritmos de los otros, y siempre con la firme intención de construir lo humano desde los pequeños detalles hasta los más grandes. En la medida en que nos damos a la tarea de construir lo humano, se transparenta el Dios que hace sacramento la unión matrimonial.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

Comunmente, cuando trabajamos o leemos un artículo o, en términos generales, un escrito, queremos apropiarnos un sentido global de sentido del mismo en un aparte que metodológicamente llamamos conclusiones, como queriendo hallar un punto final que nos permita concretar e hilar las diferentes ideas que se desarrollan en el texto. Sin embargo, ese significado que le damos a las llamadas conclusiones contiene un peligro y es el de creer que en esas líneas se sintetiza lo que se podría decir acerca del tema; es como dar un “punto final” a las reflexiones y dejar que el texto siga hablando desde cada lector en cada contexto determinado.

Con el ánimo de evitar esta “tentación” aquí, me atrevo a invitarlos(as) a dejar abierto el escrito acerca de la dinámica sacramental del matrimonio en tiempo de crisis-conflictos, para que cada hombre y mujer añada sus puntos de vista desde lo que vive o ha vivido en su relación de pareja o, inclusive, en su propia experiencia personal. Por ello, he querido cerrar esta reflexión “a manera de conclusión”, en una especie de puntos suspensivos que permitan que la misma experiencia vital coloque las reflexiones que pueda suscitar.

Desde esta perspectiva, la vida de encuentro dialógico fundado en el amor de un hombre y una mujer hace palpable la acción de Dios en la historia humana. Es en esa unión que genera vida en abundancia, no sólo al dar a luz un nuevo(a) hijo(a) sino en el mismo compartir cotidiano de la vida de pareja, donde se hace visible la acción clara y verdadera de Dios. Es allí donde anida la sacramentalidad misma del matrimonio. Esta misma presencia real de Dios se hace palpable en el ámbito del amor familiar que revitaliza el amor de los esposos y, desde allí, el amor que humaniza y diviniza.

Pero esta experiencia de amor que hace palpable la presencia de Dios en la vida de pareja y de familia requiere, desde la perspectiva que hemos trabajado en esta reflexión, como base fundamental, el reconocimiento del otro en su esencia humana y divina, acoger la alteridad que me devela la existencia de una humanidad en la persona con quien comparto o, en el caso de la familia, en las personas que comparten en el contexto común. Ya anotamos que este proceso vital parte del reconocimiento de mi dignidad que, a su vez, me abre al reconocimiento del valor que hay en la persona que tengo en frente. Pero, como un “opuesto complementario”, ese mismo ejercicio que fundamenta el ser común-unión puede situarnos en dinámica de conflicto, por cuanto al encontrarme con otro(s) salen a flote los intereses, las necesidades y valores personales que me configuran como tal y, en innumerables ocasiones, entran en contradicción con las de las otras personas, inclusive con la persona con quien se pretende constituir pareja, en un primer momento, y familia, posteriormente.

Estos conflictos que vivimos en nuestras relaciones comunitarias y/o sociales no sólo son ocasionados por la diferencia que contiene la misma alteridad (reconocimiento del otro) sino por procesos personales internos de crisis o choques que vivimos todos y cada uno de los seres humanos. Esas crisis van ubicadas en nuestro propio desarrollo histórico sin que lo notemos

claramente, pues nos “acostumbramos” a vivir así y no tomamos conciencia de lo que implica la dinámica existencial. Desde esta realidad, la relación de pareja o de familia requiere de una conversión que lance a los hombres y las mujeres a *tomar la vida en las propias manos*, de manera que cada uno y cada una vaya accediendo a un nivel más claro de autenticidad (libertad) en la vida.

Al reconocer que la familia es la semilla de la misma Iglesia, acción real de Dios, debemos tener claro que esta labor de *tomar la vida* no es voluntarismo, sino una disposición dócil a Dios en cada corazón humano. La Iglesia como madre debe facilitar espacios en los que la vida se engendre. Es así como la pastoral de pareja y familiar debe asumir el reto de la personalización, tal como lo proponemos desde Javier Garrido, respetando la procesualidad que la misma dinámica contiene desde las claves que sólo buscan que lo humano de cada hombre y mujer, en su experiencia de pareja, abra espacios de crecimiento en autenticidad (libertad).

Cabe destacar que este proceso de personalización que proponemos en la pastoral de pareja y familiar nos ubica en una resignificación de las crisis humanas por las que pasamos todas las personas y, en últimas, son el tiempo y el espacio propicio en el que nos consolidamos cada vez más humanos. Cada crisis, asumida en autenticidad, honestidad y desde Dios, es una oportunidad de crecimiento, aún más las que constitutivamente debemos vivir por nuestro desarrollo normal. Infortunadamente, no hemos sido formados para afrontar con madurez y responsabilidad estas etapas de nuestra vida y, en muchas ocasiones, cuando las parejas viven estas etapas o uno de los dos, se cree que la solución es terminar la relación, tomar cada uno su camino y, por último, acabar hasta con la construcción comunitaria de la familia. Cada etapa de crisis es una oportunidad de salvación que tenemos todos los hombres y todas las mujeres, pues en ellas Dios nos convoca para entrar en la dinámica de la donación, la *kénosis*, la entrega desde y por el amor.

Una de las maneras como podemos abordar estos momentos, entre muchas salidas que pueden existir, la he propuesto desde la dinámica de la comunicación. Si la pareja es sacramento, revela la presencia de Dios, desde el amor que genera vida entre ellos y la familia, es la realidad de la comunión y una de las maneras de hacer palpable ésta es con la común-acción de cada uno para que la vida sea factible. Posiblemente, no es algo demasiado

novedoso lo que proponemos, pero sí es algo real y puntual que debemos considerar en nuestras relaciones interpersonales, especialmente los esposos entre ellos y la manera como crean familia. La común-acción es el medio a través del cual gestamos la vida, puesto que la palabra es la mediación que hace palpable al ser humano en su integridad. Desde esta perspectiva, no podemos dejar que el silencio continúe llenando los espacios que deja la violencia, la agresión, la guerra y, en últimas, la muerte. La palabra mantiene la vida por encima de cualquier obstáculo, crisis o conflicto.

El matrimonio y la familia son sacramento de Dios porque hacen palpable su acción real en la vida de cada hombre y cada mujer. Hacen creíble el amor de Dios que nos une y que se hace palabra en cada relación interpersonal auténtica. Esta realidad del amor la gestamos cuando vivimos en el presente de nuestra historia, en el día a día en que Dios se revela y nos pide ser gestores de espacios de reconciliación y convivencia en medio de la diferencia; cuando aprendemos a convertir nuestros venenos (rabias, iras, odios, rencores, deseos de venganza, etc.) en miel (comprensión, compasión, bondad, perdón, reconciliación, acogida, diálogo, etc.); cuando compartimos la vida diaria con sinceridad y alegría (una sonrisa, una mano en el hombro apoyando puede hacer más que grandes obras materiales, sin demeritarlas); y finalmente, cuando dejamos a Dios ser Dios, cuando dejamos que sea el fundamento de nuestra vida. En este horizonte la vida de pareja, el matrimonio y la familia recobran su significado.

BIBLIOGRAFÍA

- CONFERENCIA EPISCOPAL DE COLOMBIA, *Conclusiones Santo Domingo*, Bogotá, D.C., 1992.
- CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO, *Documentos de Puebla*, Bogotá, D.C., Secretariado General del CELAM, 1990.
- CONCILIO VATICANO II, *Constitución Lumen gentium*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1978.
- CONCILIO VATICANO II, *Constitución Gaudium et spes*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1978.
- GARRIDO, JAVIER, *Proceso humano y Gracia de Dios*, Sal Terrae, Santander, 1996.

GRÜN, ANSELM, *El matrimonio. Bendición para una vida en común*, San Pablo, Madrid, 2000.

ROJAS, NELLY, *Qué nos une, qué nos separa*, Planeta, Bogotá, 1998.